

Aproximación a Rainer María Rilke

Escribe: JOSE UMAÑA BERNAL

Toda exégesis de Rilke tiene, necesariamente, que ser una aproximación. Rilke es el rechazo de lo accesible, la negación del contacto inmediato. Es cerrado, hermético, o inabordable. Proclamó siempre la necesidad de lo difícil; en la pintura, en la escultura, en la música y en la poesía. Escribió para los *happy few*. Y fue insular, personal e individual; en su vida y en su obra. Un auténtico fin de raza, espiritual y genealógica, que escribió para las minorías intelectuales, e hizo de la oscuridad su ambiente cotidiano. Rilke es un escritor de puertas cerradas y de espesas cortinas. Su ambiente es un salón de fin de siglo con espejos, y piano de ébano, y lienzos de Cezanne, y figuras de Augusto Rodin, y libros de Baudelaire, de Verlaine, y de Mallarmé. Fue esencialmente inactual; antiolectivo y solitario. Ignoró la opinión ambiente. Y no tuvo ideas políticas.

Era un escapista de su tiempo y de su época, y de los hombres, y de sus preocupaciones. Pensaba en Dios, en el amor, en la muerte, en la poesía, en los pobres del mundo, y en sí mismo. Lo demás era para él innecesario y transitorio. Vivía exórbite, fuera de la órbita.

Aproximarse a Rilke; estar cerca de él; y nada más. Lo defiende un círculo de lanzas invisibles; el halo misterioso de su poesía; y hasta la bruma gris y azul de sus ojos, que eran de acero y niebla. Y tenían, a veces, la mirada de un niño, y otras las de un iluminado.

Y todo lo que escriba sobre Rilke es, para el escritor honesto, ineludiblemente superficial. La crítica de su obra es casi una adivinanza. Hay, y cómo no, supercríticos, más abundantes en el trópico, que en la zona templada, que con una sola lectura de Rilke, en las traducciones argentinas, escribieron sobre él minuciosos tratados. Confieso que carezco de ese desenfado; y que, después de más de veinte años, de leer a Rilke, lo que diga hoy es apenas una tentativa, un ensayo, una aproximación. Un poco el salto en el vacío; ese trágico abismo de su poesía, que solo ilumina a veces la mirada clemente de Dios.

Cada uno tiene su propio Rilke. En su poesía caben todas las angustias. Y hay sitio para todas las esperanzas. Rilke, el inasible; ¿cómo catalogarlo, clasificarlo, en una época, en una escuela, en una corriente de la

literatura europea, que es la literatura universal, si ensayó, y acarició, con un voluptuoso deleite de artistas, todas las escuelas, todas las maneras, y todas las perversiones literarias? ¿Era un simbolista Rilke, el último de los simbolistas, como piensan algunos, o lo que él mismo llamó sus “poemas-cosas” fueron el reflejo tardío del parnasianismo decadente, o la anticipación de una poesía actual? Tuvo su tremenda fuerza lírica un don profético, y se anticipó a su tiempo. O cómo explicar la universalidad de este hombre extraordinario, hasta ser hoy el más universal de los poetas del último medio siglo.

El “rilkismo” es una cofradía internacional, casi una secta cosmopolita, que tiene sus cenáculos en París, y en Berlín, y en Munich, y en Lausana, y en Nueva York; y la obra de este poeta oscuro, y difícil de leer, es un alimento espiritual, el libro de cabecera uno de los grandes vigilantes de la agonía, de los conductores insólitos, para un mundo enloquecido y desgarrado.

Cuando yo llegué a Portugal, en 1943, no era mucho lo que conocía de la obra de Rainer María Rilke. *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, las *Cartas a un poeta joven*, y algunos poemas del *Libro de horas*. Lo indispensable para saber de Rilke, como escritor en prosa, y tener una vaga impresión de su poesía. Yo encontré a Rilke en Portugal. Lo leí, y lo traduje, en Estoril.

Rilke —ya lo insinué antes— no es solo un escritor. Es una atmósfera, y un clima espiritual; el clima, y la atmósfera, rilkeanos. El fin de la guerra en Portugal era, un poco, el mundo de Rilke. La escena cosmopolita, la época decadente, la inteligencia, desencantada y “blasé”, y cierto aire de bruma y misterio, que es el aire de Rilke. Europa estaba desterrada en Portugal. Y en los castillos de Estoril se escondía una humanidad desgarrada. Quien vivió esa época no la puede olvidar nunca. Hombres y mujeres asediados, príncipes sin corte, y fugitivos políticos. Y la fauna extraordinaria de los aventureros, y de los artistas, que no podían vivir ya más en París, o en Venecia, o en Florencia, o en Munich. Portugal era el compendio angustiado de un mundo, irremisiblemente, en ruinas. Europa en fuga, perseguida por los escuadrones de bárbaros, acampaba frente al Atlántico. En la punta del continente; ante el mar de irisadas barbas de espuma; en el límite de la tierra. *Finis terrae*.

En ese Portugal de la posguerra me encontré a Rainer María Rilke. Rilke había muerto en 1926, pero fue mi amistad literaria de la madurez. No como la de Stendhal, el deslumbramiento maravilloso de la juventud. Ni la de Montherlant y Malraux, contemporáneos de la angustia. Rilke llegó cuando apenas había sol en las bardas.

En el otoño de 1944, buscábamos una casa en Estoril. Y un día descubrí la “Casa dos...”. En lo más alto del Alto Estoril; casi en la cumbre de la sierra, que va hacia Cintra, y que, por Estoril, baja hasta el mar. Era una antigua residencia en el viejo estilo portugués. Sus dueños habían emigrado a Estados Unidos. Entre ellos, y Lisboa, se interponía un drama romántico, en el más puro estilo de Eca de Queiroz.

Y una casa de fin de siglo. Con un alto y espeso bosque de pinos centenarios; profundos salones; largas galerías de retratos; y una extraña colección de relojes e instrumentos de música. Y la biblioteca, la maravillosa biblioteca. Y, en ella, Rilke. Todo Rilke. Auténticas fotografías suyas en los muros; algunas con su firma al pie de misteriosas dedicatorias en alemán. El paisaje escarpado del castillo del Duino y de Muzot. En una apagada tela antigua, un prodigioso damasco, bordado, en letras góticas, el epitafio que Rilke escribió para su sepulcro:

*“Rosa,
oh pura contradicción,
voluptuosidad de no ser
el sueño de nadie bajo tantas miradas”.*

Y, naturalmente, libros. Todos los libros de Rilke, y sobre Rilke. En alemán, en francés, en inglés, en italiano. Y el ambiente rilkeano; la atmósfera de Rilke. La impresión física, desde que penetré en la estancia, de que Rilke estaba allí. O que vagaba muy cerca, y todo anunciaba su regreso. El diván con la huella de su cuerpo, y el piano, en la sombra, que esperaba la presión de sus manos.

Durante dos años habitamos esa casa. Y supe algo de su historia. La dueña, exilada en América, fue de las fieles e ignoradas amigas de Rilke. En las últimas biografías del poeta figura con un nombre convencional. Rilke nunca estuvo en Portugal; pero, en esa estancia, estaba, viva y vigilante, una página de su vida.

Recuerdo el invierno de ese año en la lectura de Rilke. El descubrimiento de un mundo misterioso; el universo alucinado de sus libros. Las raudas noches, y las madrugadas de hielo y nieve, en el embrujo de su lectura. Y hasta el aprendizaje de un alemán incipiente para penetrar en su poesía, cerrada y hermética.

Y, sobre la mesa de trabajo, en la biblioteca, una borrosa fotografía, en su marco de oro viejo. Rilke, vestido como un gran burgués europeo, [de “caña de la India y guantes grises” dijo después, en un poema *Lanza del Vasto*] Rilke frente al Arco del Triunfo en París. Y a su lado una extraña mujer, el puro tipo rilkeano, esa rara especie, animal y secreta, de las mujeres que amó Rilke. Alguien me descifró el secreto: era la dueña y señora de la “Casa dos ...”. No la conocí; pero ella, y Rilke, fueron mis mejores y más íntimos amigos, en el invierno de 1944. ¿Acaso no creía Rilke en esas presencias insólitas que sentimos cerca de nosotros sin que podamos verlas nunca? Ya era yo, entonces, un rilkano, creyente y practicante.

Comencé a traducirlo. O mejor, a hacer algunas versiones, al español, de sus poemas. Primero del francés, después del inglés, y más tarde, del alemán. Y así, durante dos años, hasta interpretar más de ciento cincuenta poemas. Cuatro de las *Elegías del Duino*, y veinte de los *Sonetos a Orfeo*. Es un libro *Aproximación a Rainer María Rilke*, que conservo inédito.

Rilke es un poeta intraducible. Y casi inexplicable. No tiene interpretación inmediata su poesía. Y hay que reservarla siempre para una instancia superior. Colocarla en el plano del éxtasis, y darle una interpretación íntima, personal e intransferible. Por eso su obra logra la dimensión universal, en el tiempo, y en el espacio. Porque no es una manera, o un estilo, o un tono poético. Es sencillamente, la poesía. Total, eterna, e inevitable. Muy cerca, en la propia frontera, de la filosofía. Donde, como dijo don Miguel de Unamuno, "la filosofía se acuesta más a la poesía". Por eso, la oscuridad, innegable, de Rilke. La niebla metafísica en que está envuelta su obra.

La lectura de Rilke es un duro ejercicio de la inteligencia. Es como penetrar en un cerrado laberinto de palabras. No basta alcanzar la versión literal. Hay que desatar después la cifra enigmática; el misterio en que Rilke ocultó, deliberadamente, su revelación poética. De ahí que, en ningún idioma, coincida la traducción exacta de sus poemas. No es el mismo Rilke el de Maurice Betz, o Angelloz, o Duvallier, en francés; ni el de Stephen Spender, o Jessie Lemont en inglés; ni el de Luwig Lewishon o Herter Norton en saxoamericano; ni en italiano el de Vincenzo Errante. Y que todas las versiones, o traducciones, de Rilke, sean hasta ahora, disímiles, opuestas, arbitrarias y contradictorias.

Hay que manejar la lectura de Rilke como un problema espiritual. Y reflexionar, antes de aventurarse en ese clima enigmático. Es un bosque profundo; la selva negra de la poesía, donde hay hallazgos mortales. Y aguas que envenenan con solo mirarlas; y una flora monstruosa, que alucina y embriaga. En ella vuelan, con pausado temblor, las cohortes angélicas. Pero el arcángel maldito canta también con su voz de luto.

No negó nunca Rilke el misterio de su poesía; lo que en ella había de tinieblas. Ni su sentido trágico. Solo que él disolvía esos comentarios en una resignada serenidad. Hasta llegar al fruto maduro de la propia muerte, oculto en el árbol de la vida. "No quiero la muerte de los médicos", dijo en la tremenda agonía del castillo de Muzot cuando el dolor lo tenía entre sus garras. Quiso su propia muerte, su muerte personal, la muerte en el tormento, y la soledad, incompatibles.

Pero cuando tratamos de explicar a Rilke las palabras se hacen oscuras. No hay forma de desgarrar esa niebla, y penetrar en la noche. La crítica vacila siempre ante Rilke; reconoce su grandeza, pero no logra explicarla. Cada lector debe aislar, como un alcaloide, su propio Rilke. Buscarlo, no solo en los libros, sino en su vida. Y rescatarlo, hasta donde sea posible, de la oscuridad. "Vivió en el mundo intermedio que separa los contemporáneos de los muertos", dijo Edmond Jaloux, quizá el más claro, y más próximo, de sus intérpretes, y que vivió durante muchos años en su intimidad. Ese es el sitio de la poesía de Rilke: más allá de la vida, y un poco más acá de la muerte. Pero aquí viene la experiencia personal. La peripecia del traductor frente a la obra de Rilke. Hay que vivir primero la atmósfera rilkeana; el mundo exterior, el escenario donde actúa el personaje. El ambiente en que se mueve el hombre Rilke. Y hacer la composición de lugar para los ejercicios espirituales, según el método de Rainer María Rilke; situarse en Rilke; convivir con él al través de sus

contemporáneos. Por eso la "Casa dos ..." en Estoril, que parecía habitada por Rilke, fue para mí tan propicia, y tan necesaria, en mi aproximación al poeta. Era un instante de su vida, prolongada por unas finas manos de mujer, al través del tiempo y la distancia. Y los retratos, y las leyendas de sus libros, y la impresión de su presencia invisible, explicaban muchas cosas. Y eran la mejor preparación para entrar en el mundo deslumbrado de su poesía.

No se entrega nunca el secreto de Rilke. Su poesía es una experiencia difícil. Y desconcertante. Cada lectura despierta nuevas resonancias; y cada descubrimiento, músicas nuevas. Cuando creemos descubrir su misterio surgen sombras insólitas y brillan astros desconocidos. En los libros de Rilke siempre es de noche. Una noche, en que, más que vemos, presentimos, las luces del alba. Es la vigilia, en espera del día absoluto, que llegó para Rilke, pero que no nos transmite, fácilmente, su poesía. Su muerte, y su serenidad, son también inasibles.

Rilke no escribió sus poemas "como pensador que razona, sino como poeta que siente; procede por intuición, por visiones, por relámpagos". Y solo por la intuición es posible interpretarlo. Aquí surge, lo inusitado, lo inesperado, la sorpresa y el milagro de Rilke: su dominio universal, tan vasto y sostenido, como el de ningún otro poeta de nuestro tiempo. Que un artista tan voluntaria, o espontáneamente, oscuro, difícil, e impenetrable, tenga, a tantos años de su muerte, tan seguro imperio en la literatura universal.

Que, después de muerto, el mundo sintiera, lo que Francis de Miomandre llamó, certeramente, "la nostalgia de Rilke", el vacío de Rilke, la ausencia de su voz. Y que el culto de Rilke hombre, y de Rilke poeta, sean hoy una especie de rito cosmopolita: la extensa y estrecha fraternidad de los amigos de Rainer María Rilke. Algo como el "rosacruzismo", las sectas teosóficas, o las ligas espiritistas. Rilke es una preocupación internacional, una contraseña en ciertos sitios de la cultura universal, un lugar de cita espiritual, un signo y un santo y seña de amistad entre sus lectores. Es este un fenómeno literario, un caso de invasión lírica, una hazaña de imperialismo poético, que la crítica no logra explicar todavía.

La oscuridad de Rilke no es, sin embargo, el resultado de un esteticismo decadente. Ni obedece a una consigna artificial, como los poetas del nuevo romanticismo, los del "peine roto del verso libre", que dijo Luis Aragón, que son oscuros porque no pueden ser otra cosa. La oscuridad de Rilke es el resultado de la autenticidad de la expresión; de la identidad entre lo que escucha y lo que dice; y, sobre todo, y esta observación es trascendental, de lo que hay de subconciente, en su trabajo lírico.

Tratándose de Rilke no se puede desechar el concepto clásico de la inspiración poética. El poeta está sometido a fuerzas ocultas. Y el momento lírico es un auténtico estado de trance. En Rilke es evidente la huella del poder divino. Y llegó a no desdeñar en su poesía la intervención del medium de las experiencias síquicas. Logró hasta el éxtasis religioso. Sentía el dominio de fuerzas irresistibles, y sus crisis espirituales culminaron muchas veces, en el desmayo físico. Esperaba que Dios le hablara en

la sombra para llevar su palabra al mundo. Cuando la voz misteriosa sonaba, Rilke se sumergía en ella, la sometía al proceso minucioso de la creación poética; y lograba la sequedad de expresión, el ascetismo del lenguaje, y el tono descarnado, que hacen tan difícil su traducción.

En el origen de las *Elegías del Duino*, su obra fundamental es evidente este proceso de la gracia. Caminaba un día Rilke, bajo la borrasca, a orillas del Adriático, por el bosque centenario, en el castillo del Duino. El mar de otoño azotaba las rocas. De pronto, Rilke oye, en medio de la tempestad, una voz extraña, que le grita al oído:

*¿Quién entre las legiones de los ángeles,
quién escuchará mi grito?*

Rilke —cuenta él mismo— escucha inmóvil. La voz se pierde en la niebla. Regresa al castillo, escribe las palabras misteriosas, y trabaja toda la noche. Al amanecer había terminado la *Primera elegía*, una de las obras más puras, más perfectas, de la poesía universal. El ángel descendía y el poeta había escuchado su grito.

Para Rilke la poesía era también, un trabajo de la inteligencia. Iba rodeado de ángeles; pero caminaba sobre la tierra. Transmitía las noticias de los dioses en una perfecta forma literaria. Y la encerraba en reglas estrictas. A mil leguas de los poetas sonámbulos que escriben en estado de coma. Rilke fue un artista lúcido, equilibrado, pulcro. Trabajaba sus poemas con angustia hasta encontrar la expresión exacta. Así creó un nuevo lenguaje poético, puro, transparente, y duro, como el ramo de Salzburgo de Stendhal. También logró en poesía la cristalización definitiva y la elegancia, la medida apolínea opuesta al furor dionisiaco. Hay en su obra más silencio que exaltación. Y su música es una música silenciosa. Rilke es el fundador de una nueva orden poética. Como Baudelaire, como Gerardo de Nerval, como Mallarmé. Buscó en la pintura y en la escultura los mejores estímulos. Y tomó de ellas más que de la música. Es dibujo casi toda su poesía. Algunos poemas suyos son versiones literarias de lienzos insignes o de mármoles célebres. Su *Nacimiento de Venus* es Boticelli. Es la misma Venus, impulsada por el viento, como una barca, hacia la playa. Y a su vez Boticelli fue un pintor literario. “Es ante todo un pintor poeta —escribe Walter Pater— mezcla el encanto sentimental de la anécdota, que es el encanto propio de la poesía, al de las líneas y de los colores, que es propio de la pintura”. Palabras de oro ahora cuando se pretende que no puede haber literatura en la pintura, y cuando Boticelli es un pintor pasado de moda, y Rilke, como Proust, dos escritores anticuados.

No es posible, explorar todas las comarcas líricas de Rilke. Rilke fue un poeta universal en su ambición de dominio poético. Ninguna de las esencias de la poesía es ajena a su inspiración, o a sus cerebrales combinaciones de alquimista. Los temas fundamentales del poeta Dios, el amor, y la muerte, fueron preocupación suya, cotidiana y exasperada.

Antes de Ortega y Gasset, también Rilke había dicho “Dios a la vista”. Buen vigía espiritual, las estrellas interiores le anunciaron la pre-

sencia de la divinidad. Y de esa preocupación de Dios, y de su búsqueda ansiosa, está colmada su obra. Solo que como la Muerte, también Rilke tuvo su Dios personal, su Dios íntimo, que no cabe en ninguna confesión religiosa. En vano han tratado, durante un cuarto de siglo, de descubrir, los intérpretes de Rilke, cuál era el Dios del poeta. Pero, el hecho que nos interesa ahora, es que Dios está ahí, tan presente, tan vivo, tan actual, tan en comunicación inefable, como en las obras de los grandes místicos. Tanto que el padre Tomás Merton, en uno de sus libros, establece la proximidad espiritual entre la soledad de Rilke y la de san Juan de la Cruz. Y en el *Libro de horas*, sobre todo en la jornada de *La vida monástica* brilla, sobre los monjes orientales, la misma luz indeficiente que atravesó en Avila el corazón trasververado de santa Teresa, la grande.

Y en carnet de una de sus múltiples, desconcertantes, y contradictorias amigas, la baronesa de Brimond, escribió Rilke:

*“Para encontrar a Dios hay que vivir felices,
porque aquellos que solo por tristeza lo inventan
van de prisa, y no saben buscar entre la sombra
la intimidad ardiente de su ausencia”.*

Y la muerte, la filosofía y la experiencia de la Muerte, en Rilke. Hay una síntesis perfecta de su sentido de la muerte en *El libro de la pobreza y de la muerte*, para mí su obra trascendental, donde no vibra el aletazo trágico de las *Elegías*, ni el temblor de joya de los *Sonetos a Orfeo*; pero es la más humana, la más cordial, la más cándida, de sus creaciones:

*“Dale, Señor, a cada hombre su propia muerte,
y que venga del fondo profundo de su vida,
donde puso su fe y su última esperanza.
Porque no somos más que la hoja y la corteza;
y la Muerte, la grande, vive, oculta, en el centro
del árbol, y madura: es el fruto irremediable y cierto”.*

Y llegamos al amor. El amor de Rilke fue un poco teórico. Al menos, en lo que los expertos llaman el amor pasión. No hubo un gran amor en su vida. Su matrimonio fue un matrimonio de artistas. Clara Westhoff, su mujer, era escultora y Rilke hacía versos. La unión duró pocos meses. Después solo los vinculaba su hija, que vive todavía, y es la animadora del rilkismo universal. Después vinieron las amigas de Rilke. Es difícil, observa Edmond Jaloux, señalar en la vida de Rilke las fronteras entre el amor y la amistad. Hasta en eso fue él introvertido y cerrado. Pero las mujeres lo amaron: desde Lou Andre Salome, que había sido antes la amiga de Nietzsche sexagenario, hasta su última novela con madame Nimet Eloui Bey. Rilke fue un hombre amado y protegido por muchas mujeres espléndidas: le dieron su amistad, o su pasión, y lo alojaron en suntuosos castillos, en Italia, en Suiza, en Alemania, donde el poeta escribió lo mejor de su obra. El poeta se dejaba amar y proteger; y, fuera de sus poemas, no le dio nunca demasiada importancia a sus episodios sentimentales. Se sentía digno de ellos, y de otros homenajes, y lo resolvía todo con esa cortesía suya, tan fina, decían los que lo conocieron, como sus versos.

Nunca un amor suyo tuvo un final trágico, ni siquiera dramático, en eso conservó siempre una perfecta elegancia. Todo el temblor lo ponía en las palabras, y lo demás lo dejaba al destino.

Sin embargo, la historia de Rilke con madame Nimet Eloui Bey, que pudo ser un fino paso de comedia, encontró un final de tragedia. Fue el prólogo para la muerte de Rilke.

La anécdota parece una historia escrita por Rainer María Rilke. Rilke era poeta, dice Rudolf Kasser, el mejor de sus amigos, era poeta hasta cuando se lavaba las manos. Como el héroe de Kierkegard hizo de su vida un ensayo absoluto y voluntario de existencia poética. Todo en él era extraño, misterioso e insólito. Parece, en ciertos episodios de su vida, que él mismo preparaba el escenario y escogía los personajes.

Fue el hombre fiel a sí mismo. El artista de acuerdo con su destino. Y un estupendo egoísta; con el egoísmo, natural y necesario, del hombre inteligente. Se realizó plenamente; con una plenitud milagrosa y heroica. Sacrificó sobre la piedra de su poesía todas las víctimas necesarias. Su vida fue un acto continuo de voluntad creadora. Se rodeó de cosas bellas e inútiles. Tuvo mujeres lindas y extrañas. Buscó medios exóticos, entre príncipes y labriegos. O en la decadencia cosmopolita, de ese mundo extenuado de aventureros y de artistas, donde las gentes se mueren de curiosidad y de angustia. Hasta llegar al castillo de Muzot y la soledad confortable. Sin más visita que la nieve en invierno y los pájaros del aire en la primavera. No concibo, escribió entonces Paul Valery, que lo visitó en Muzot, no concibo una vida tan lejana, con inviernos tan eternos, y en tal abuso de soledad y de silencio. Rilke se exiló entre muebles antiguos, viejos objetos de cobre y de estaño, y retratos desvanecidos. Alrededor, los Alpes, el Ródano, el parque de abetos y de rosas, y las viñas caducas. El sitio de preparación para la muerte. Tenía cincuenta y un años, y ya había escrito las *Elegías del Duino* y los *Sonetos a Orfeo*.

Un día de octubre lo visitó madame Nimet Eloui Bey, el último de sus amores, o de sus amistades. Una dama egipcia de desconcertante belleza, a quien muchas gentes recuerdan todavía en Europa. El escenario estaba preparado para el trivial incidente. El alto cielo de otoño, los Alpes en silencio, y el agua transparente. Una espina, una pequeña y tenaz espina de rosa, se clavó en la mano de Rilke cuando cortaba algunas flores para su amiga. Allí estaba el veneno. Y la muerte. Y el complemento de una historia de amor, que sin él no hubiera sido nada. Dos meses después, Rilke moría de ese accidente sin importancia. Pero desde ese día, comenzó a trabajar su muerte; a buscar su muerte personal, su propia muerte, y a ser tremendamente fiel a lo que había escrito en su poesía. No descuidó el escenario ni en el último acto del drama, y tuvo la voluntad viril y serena de morir como creía que era su obligación. Tienen extraordinario interés ciertos detalles de los últimos días de Rilke para ver cómo su poesía, en prosa y en verso, y su sentido de la vida, no fueron transitorios y superficiales, sino una necesidad íntima suya, un modo de ser inexorable y definitivo.

Rilke supo de su muerte irremediable, y los médicos no se lo ocultaron. La leucemia es una enfermedad que no perdona. Y quiso morir solo. El

26 de diciembre de 1926 le escribía una de sus últimas cartas, él que fue siempre un corresponsal infatigable, a Jules Supervielle. “Queridísimo Supervielle, le decía, estoy enfermo, gravemente, dolorosamente, miserablemente, humildemente, enfermo. Pero, pienso en usted, poeta, amigo, más que amigo, y en el mundo donde vive”. Y, veinticuatro horas antes de morir, le escribía a madame Eloui Bey, que le había enviado unas flores: “Estoy miserable, horrible y dolorosamente enfermo, como usted no puede imaginarse. Tengo el dolor anónimo, que nos enseña los gritos nuevos en que no podemos reconocer nuestra propia voz. No me envíe usted flores, señora, se lo ruego. Su presencia despierta los demonios. Pero el recuerdo de usted se une a la gracia de lo invisible”.

“No quiero la muerte de los médicos”, dijo. Y se negó a recibir los calmantes que podían aminorarle el dolor físico. Extremó su soledad hacia límites inauditos, y se negó a recibir a nadie. El relato que el doctor Haermmelis, su médico, hace de la muerte de Rilke, termina así: “El 29 de diciembre de 1926, a las cinco de la mañana, murió Rainer María Rilke. Cuando abrí la ventana, un viento frío y matinal, subió del lago...”.

Pero, lejos del castillo de Muzot, Rilke prolongó esa noche su presencia invisible. Benvenuta, fue, quizá el único gran amor de su vida. Y en 1947 escribió sus recuerdos de Rilke: *Rilke y Benvenuta*. Uno de los libros de mayor belleza espiritual de los últimos años. Rilke la llamaba Benvenuta, pero, años después, se descubrió que ese nombre correspondía a Magda Von Hattingberg, la gran pianista vienesa.

“Hacía muchos, muchos años, que no sabía nada de Rilke, escribe en sus memorias Benvenuta. El 20 de diciembre de 1926, a pesar de ser muy tarde en la noche no podía dormir. Me dediqué a leer el diálogo admirable entre Victoria Colonna y Miguel Angel en la gran obra sobre el Renacimiento del conde de Gobineau. Después apagué la lámpara.

Acababa de dormirme —continúa Benvenuta— cuando me despertó un grito. Como si alguien presa de un terror mortal pronunciara mi nombre. Me precipité hacia la ventana y la abrí: en el jardín reinaba un profundo silencio, los prados y los árboles brillaban en la oscuridad, bajo su manto de nieve, y las cinco de la mañana sonaron en la iglesia vecina. No sabiendo lo que hacía, aún medio dormida, junté las manos, y murmuré: Quien quiera que seas ya que me has llamado, estoy contigo, y te bendigo. Dios te ayude en tu tragedia”. A esa misma hora moría Rilke.